

Al brillo entonces de un raudo sueño
 Pensé en las manos llenas de dones,
 En un semblante dulce y risueño
 Y en los bordados de los nipones,

Y deslumbrado por tu belleza
 Que más realzas con tu decoro,
 En el brocado de mi tristeza
 Bordé ilusiones color de oro.



AURORA

Entre un fragor de trueno pasó el desfile heroico :
 Chocaban los estoques, sonaban los tropeles,
 Flotaban las banderas, temblaban los laureles,
 Y bravos caballeros, todos de porte estoico,
 Pasaban y pasaban en rápidos corceles.

El aire estaba lleno de toques de clarines,
 De rojos estandartes y flámulas de raso,
 Y allá en la línea vaga y azul de los confines,
 En medio de las nubes violetas del ocaso
 Perdíanse los fieros y raudos paladines.

Y, ¿ qué era aquel estruendo, qué aquel rumor de ola,
 Qué aquellos estridentes clamores de campaña,
 Quiénes los jefes nobles y la falange extraña
 Que simulando un monstruo de formidable cola
 Salvaba el escarpado talud de la montaña ?

Aquel era el desfile solemne hacia el pasado
 De un siglo que cantaba sus glorias y fatigas,
 Y se escuchaba el eco monótono y ritmado
 De la imponente marcha, y en el confín dorado
 Brillaban como antorchas los cascos y lorigas.

Iban invictos jefes con férreas armaduras,
 Poetas cuyos cantos vibraban como un trino,
 Matronas venerables de blancas vestiduras,
 Y sabios majestuosos de quietas aposturas
 Y graves oradores de verbo sibilino.

León Trece volcaba sus cálices de bienes,
 Bismarck el inflexible y Bonaparte el duro
 Montaban fieramente sus broncos palafrenes,
 Y Byron, el más grande, marchaba en el obscuro
 Camino con un nimbo de rayos en las sienas.

Y luego los anónimos, después los infelices,
 Después las muchedumbres mermadas y confusas,
 Los Odios contemplando sus frescas cicatrices,
 Y todas las Venganzas irguiendo las cervices
 Y una legión colérica de desgarradas blusas,

Marchaba el siglo hermoso con su botín de gloria
 Al frente de sus hijos robustos y bizarros,
 Y abriendo con su lanza los gonces de la Historia,
 Entraba conduciendo sus relucientes carros
 Entre himnos retumbantes y dianas de victoria.

Tendidos en el campo quedaban los protervos
 Ladrones de coronas, los amos de los siervos,
 Los déspotas segados por los puñales rojos,
 Y en medio de la arena sembrada de despojos
 Rondas de orlados buitres y de voraces cuervos.

Y aquel egregio Siglo batallador y fuerte,
 Magnífico en la ciencia y exótico en el arte,
 Pero caduco al cabo, dobló la testa inerte,
 Y se arrojó al misterio y se entregó á la muerte
 Envuelto en la mortaja triunfal de su estandarte.

Y, ¿ qué sentiste entonces, Humanidad ? ¿ qué anhelo
Tuviste en las tinieblas de aquella noche rauda,
En que miraste llena de luto y desconsuelo
Que muchas de tus rosas rodaban en el suelo
Barridas por los paños de una crujiente cauda ?

¿ No viste á muchos sueños volar hacia el olvido,
No te sentiste herida por dagas de tristeza,
Ni desgarraste en signo de duelo tu vestido,
Ni te mesaste el largo toisón de tu cabeza,
Ni te arrojaste al polvo privada de sentido ?

Y cuando consumiste la copa de tu justo
Dolor, ¿ no viste un orto de resplandor poético,
Y en medio de sus luces al Campeón augusto
Que levantaba el brazo con ademán adusto
Y dominaba el orbe con su mirar profético ?

¡ Oh sí ! si lo miraron con ansia tus pupilas,
Miraste sí al naciente Siglo avanzar delante
De las Quimeras blancas y los Ensueños lilas,
Y oíste la trompeta rotunda y deslumbrante
Que te arrastraba al grueso torrente de sus filas.

Observa al mensajero : viene con un legado
De redentora ciencia y de arte sin pecado,
De zumos de placeres y bálsamos de duelos,
Y alzándose del hondo sepulcro del pasado
Lo colman de presentes los siglos sus abuelos.

Y vanse victoriosos. Despunta la tranquila
Silueta del Primero : su blonda cabellera
Es la de Cristo y vierte bondades su pupila,
Después el rudo Quinto se lanza á la carrera
Trayendo á la memoria los ímpetus de Atila.

El Décimo medroso, metido en su sudario
Y huyendo del horrible fantasma del infierno
Desgrana en sus huesosas falanges un rosario,
Y siguen sus pisadas en desfilar eterno
Los briosos Doce y Trece que vieron el Calvario.

El gran Quince de Italia, de pensadora frente,
Seguido de una corte de blancas esculturas
Desfila sosteniendo su tiara refulgente,
Y en su gloriosa marcha desliza fieramente
En gradas de alabastro sus regias vestiduras.

El trágico Dieciocho de pie entre las pavesas
De la opresión, desliga sus águilas francesas,
Y lleno de amenazas y con su gorro frigio,
Soberbio y deslumbrante de gloria y de prestigio
Avanza entre dos filas de augustas marsellesas.

Y con los pies cubiertos de polvo y con las manos
Heridas, repartiendo la muerte á los tiranos,
Mostrando á los desnudos la ruta hermosa y breve,
Y abriendo un surco de oro se va con sus hermanos
Entre un clamor de voces el púgil Diecinueve.

Estos viriles jefes han sido los mayores
Del Veinte poderoso que agita su bandera
Reuniendo las falanges de invictos luchadores,
Y al son de sus fanfarrias y al son de sus tambores
Traspone con la Aurora la abrupta cordillera.

Y pues que ya cerraste la gruta funeraria
De tus ilustres Manes, pues que tu cáliz lleno
De luto has apurado, recita tu plegaria,
Y al recorrer la estepa desnuda y solitaria,
Sigue á Zola, el Valiente, y oye á Tolstoi, el Bueno.

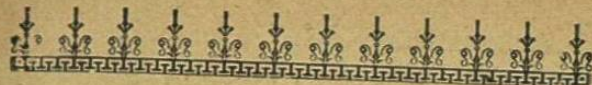
Y ahora á la batalla ; riega la dura arcilla
Con tu sudor fecundo, recoge la gavilla
De granos de oro, bota tu nave á los estuarios,
Mueve tus grandes máquinas, y arroja tu semilla
De sueños á la tierra de fértiles ovarios.

Torna al combate rudo, piensa, genera, siente ;
Exprime tu cerebro, sigue tu austera vida ;
Lacera y despedaza tu corazón valiente,
Junta tu llanto acerbo, cuaja tu sangre ardiente
Y enclaustra en el estudio tu juventud querida.

Y allá brilla la Nueva Jerusalén, la santa
Ciudad de tus anhelos, allá en el horizonte
Relucen sus baluartes y pórticos, mas, cuánta
Sangre caliente y roja derramará tu planta
En las hostiles peñas para escalar el monte!

Allí están sus almenas, atrás de la espesura
Tupida de jaguares ; allá tras esa falda
De enmarañado cerro, salvando la bravura
De las crueles rocas, encontrarás la pura
Ciudad de muros de oro, de jaspe y de esmeralda.

Allí exultarán todos, allí comerá el falto
 De bienes y el magnate, verán los que no han visto,
 Y al resplandor del cielo de plata y de cobalto,
 Más alto que las cumbres, y con su cruz en alto,
 Congregará á los hombres el nuevo Jesucristo.



FAUNALIA

Á Ciro B. Ceballos.

Lloró la Danza en el teclado,
 Y entre la luz y los aromas
 Del camarín flordelisado,
 Como un suspiro sofocado
 Sonó un arrullo de palomas.

Atormentaban los turgentes
 Senos el lino de las batas,
 Y en las alfombras insolentes
 Se deslizaban indolentes
 Las zapatillas escarlatas.

Desparramaban sus reflejos
Ojos, zafiros y diamantes,
Y retrataban los espejos
Los azabaches y oros viejos
De los toisones lujuriantes.

Chipris brindaba su ambrosía,
Baco sus uvas y sus lauros
Y en el desorden de la orgía
El baile lúbrico seguía
Como un galope de centauros.

Sangraban labios de granate,
Tentaban bocas hechiceras,
Y las lujurias su acicate
Encarnizaban en el mate
De las olímpicas caderas.

Bregaba el pecho sofocado
Por el fulgor y los aromas
Del camarín flordelisado,
Y suspiraba en el teclado
Una parvada de palomas,

Las crespas barbas en horquilla
Acariciaban la caduca
Coloración de la mejilla,
Ó resbalaban su cosquilla
Por el armiño de la nuca.

Y en los espejos biselados,
De aguas glaciales y serenas,
Se destacaban reflejados
Broncos tritones irritados
Ciñendo grupas de sirenas.





ESTAMPA

A José Joaquín Gamboa.

No recuerdo si en un breve antifonario
Que ensangrientan purpurinas iniciales,
Ó en las góticas ventanas de un santuario
Encendido por las luces vesperales,

Vi un emblema doloroso y amoroso,
Un ardiente corazón que como un cirio
Esparcía sus destellos sin reposo
Atizado por su amor y su martirio.

Y pensé : solo el divino Nazareno
 Puede ser inaccesible á las miserias,
 Y trocar en mirra y bálsamo el veneno
 Que difunde la amargura en sus arterias.

Solo Él sabe como lámpara ferviente
 Mantener su corazón siempre encendido,
 Que su sangre sacrifica dulcemente
 Por abrojos penetrantes oprimido.

Mas los nuestros, corazones infelices,
 Enconados por la ortiga del anhelo,
 Y con siglos de indelebles cicatrices
 Aun después de la expiación y del consuelo,

¡ Oh! los nuestros están llenos de maldades,
 Son humanos, son capaces de perfidias,
 Frascos plenos de vitriolos, de impiedades,
 De venganzas, de ponzoñas y de envidias.

Y los ojos en el símbolo doliente
 Del piadoso corazón siempre encendido,

Que su sangre sacrifica dulcemente
 Por abrojos penetrantes oprimido,

Pedí amor para los tristes corazones
 Que son vasos de blasfemias y de agruras,
 Porque están envenenados con pasiones
 Y apretados por cilicios de amarguras.





VOTO

Destaparé mis ánforas de esencia
Y prenderé mis candelabros de oro
Cuando la diosa pálida que adoro
Llene mi soledad con su presencia.

En su pelo de blonda refulgencia
Y en su labio odorífico y sonoro
Hay el fulgor de un candelabro de oro
Y el perfume de un ánfora de esencia,

Vendrá con su ropaje de inocencia
É incitando mi ardor con su decoro,

Pero al fin gozaré de su opulencia
 En medio de mis ánforas de esencia
 Y mis ardientes candelabros de oro.



CREPÚSCULO

Á Balbino Dávalos.

Dulcemente,
 El doliente
 Sol se esfuma
 Tras la bruma
 De áurea espuma
 Del poniente.

De los cielos
 Cuelgan velos
 Y brocados

Mordorados,
Y violados
Terciopelos.

Rostros bellos,
Finos cuellos,
Dulces ojos,
Labios rojos,
Nudos flojos
De cabellos.

Cuantos dones
É ilusiones,
Cuando hay viudos,
Cuando hay mudos
Y desnudos
Corazones.

El santuario
Solitario
Lanza al viento
El lamento
De su lento
Campanario.

Y en la bruna
Noche, entre una
Nube errante,
Surge avante
El octante
De la luna.





LA VEJEZ DEL SÁTIRO

A Luis Barreda.

Junto con los silvanos juguetones
Animó las florestas sosegadas,
Y enseñó á las sonoras enramadas
Á repetir sus rústicas canciones.

Á la sombra de verdes pabellones
Desfloró pudorosas hamadriadas,
Y corrió tras las ninfas asustadas
Al par de los centauros garañones.

Hoy el soplo glacial de los inviernos
Ha doblado las puntas de sus cuernos,
Su flauta de carrizos está muda,

Y lleno de pesares y congojas,
Al mirar una náyade desnuda
Suspira de impotencia entre las hojas.



CUÑO

Era un perfil austero de líneas de medalla,
Gestos y porte duros, indómita cabeza,
Y en su cruel pupila reflejos de batalla,
Y en sus altivos labios blasones de grandeza.

Su acento era como una vibrante melodía,
Su cabellera un casco bruñido y luminoso,
La lumbre de sus ojos qué ardiente mediodía,
Sus senos qué suave cojín para el reposo !

¡ Oh ! juventud, y entonces sonaron tus esquilas,
Y entonces las estrofas de brillos estelares

Bogaron en mi sueño de láminas tranquilas
Como en las quietas fuentes los cisnes familiares.

Bramó mi sangre entonces como turbión deshecho,
Corrió mi sangre hirviendo como el alud que rueda,
Y golpeó la dura muralla de mi pecho
Como tenaz martillo que bate una moneda.

En mi éxtasis inmóvil forjaba su sonido
Afares de conquista y ardores de batalla,
Y el golpe de la sangre, fogoso y repetido,
Grabó en mi pecho el busto de líneas de medalla.



BELKISS

A Bartolomé Carbajal y Rosas.

Detén, Belkiss, tu tropa de elefantes
Ante el caliente nido de mi tienda,
Y entra, maga gentil de mi leyenda,
Con tu traje de telas deslumbrantes.

Muéstrame tus perfumes, tus diamantes,
Los cofres y las copas de tu ofrenda,
Y deja reposando ante mi tienda
La tropa de tus blancos elefantes.

Y cuando ya en mis labios tremulantes
No encuentres más fermento que te encienda,

Envuélvete en tus sedas coruscantes,
Y con tu blanca tropa de elefantes,
Huye, Belkiss, del nido de mi tienda.



SAUDADES

(Á LA MANERA DE LOPE)

Á Federico Gamboa.

¿Do estás, fieles amigos, novia pura,
Que no habeys contestado á mis clamores,
Vosotros, que sabedes mis dolores,
Ella que me premió con su ternura?

Cielo azul de la patria, la ventura
Perdí de contemplar tus esplendores,
Y sin verte son pálidas las flores,
El campo triste, la mañana oscura.

Venid con vuestra voz arrulladora,
 Membranzas de mi cuita compañeras,
 Á recordarme el bien que me enamora,

Volved, volved, memorias lisonjeras,
 Con tan rápido vuelo como agora,
 Ó si quereys con alas más ligeras.



HERMANA DE LA CARIDAD

Con tu traje que muestra la nieve pura
 Y el azul inviolado de las montañas,
 Caminas con los óleos de tu dulzura
 Y el rosario pendiente de tu cintura
 Aliviando en el mundo cuitas extrañas.

Ocultas tus encantos para ser más divina :
 Con la cofia tapaste tus ojos bellos
 Como el sol tras los velos de la neblina,
 Aplastaste tus senos de punta fina
 É hiciste el sacrificio de tus cabellos.

Pero no aprisionada por las cadenas
De votos infrangibles calmas tus penas
Con éxtasis ociosos y ruegos vanos,
Abdicando del mundo donde tus manos
Deben regar las flores de que están llenas.

Tú mitigas las fiebres con tus desvelos,
Abres tus brazos tiernos y hospitalarios
Á los que sienten hambre de tus desvelos,
Y allí donde aparecen todos los duelos
Te presentas con todos los electuarios.

No serás para el novio la prometida,
Para el placer tu carne no será yedra
Que entrelace sus miembros desfallecida,
Ni alumbrará tu seno, fuente de vida,
Porque lo has vuelto estéril como la piedra.

Pero mojas los labios de los sedientos,
Pero secas las llagas con tus unguentos,
Y destapas tu pecho donde hay raudales
De bondad, como un vaso de aguas lustrales,
Endulzando pesares y sufrimientos.

Y para que mermaras la pena humana,
Para que en los combates fueras concordia
Y en los lechos dolientes fueras tisana,
Para que como el Cristo marches, Hermana,
Difundiendo á tu paso misericordia,

Ningún laurel terreno te ha seducido :
Ni anhelos de riqueza ni ansias de gloria,
Pues es tan extremado tu afán de olvido,
Que por dejar tu celo desconocido
Has borrado tu nombre de tu memoria.

